

Las pasiones y los intereses: *La educación sentimental* de Gustave Flaubert *

ALFONSO SÁNCHEZ HORMIGO

Universidad de Zaragoza, Facultad de Economía y Empresa, c/ Doctor Cerrada 1-3, 50005 Zaragoza, España. E-mail: sanchezh@unizar.es

RESUMEN

Gustave Flaubert, en *La Educación sentimental*, realiza un análisis penetrante del comportamiento de toda una generación que nacida en la segunda y tercera década del siglo XIX vivirá muy joven la instauración del régimen orleanista cuya burguesía capitaneó los primeros pasos del despegue industrial de Francia y asistirá a la revolución de 1848, el nacimiento de la segunda república y el golpe de estado de Luis Napoleón. El mundo de los grandes negocios, la especulación financiera y la banca, junto con el de la respuesta social en forma de conspiraciones y críticas es relatado en esta obra, que a través de la historia de un joven de provincias que se traslada a estudiar a París, como trasfondo, se recogen las pasiones y los intereses permanentemente enfrentados en el escenario de la Francia de mitad del siglo XIX.

Palabras clave: Flaubert, revolución, industrialización, pasiones, intereses.

Passions and Interests: *The Sentimental Education* of Gustave Flaubert

ABSTRACT

In *Sentimental Education*, Gustave Flaubert carries out a penetrating analysis of the behavior of a whole generation born during the second and third decades of the nineteenth century that will live, at a very young age, the introduction of the Orleanist regime whose bourgeoisie captained the first steps of the industrial boom of France. This generation will likewise attend the 1848 revolution, the birth of the Second Republic and the coup of Louis Napoleon. The world of big business, financial speculation and banking, along with the social response in the form of conspiracy and criticism is reported in this work. Through the story of a young provincial student moving to Paris as background, the passions and interests permanently confronted on the stage of the mid-nineteenth century France are collected.

Keywords: Flaubert, Revolution, Industrialization, Passions, Interests.

Clasificación JEL: Z11

* Quiero agradecer al profesor Salvador Ahmenar Palau sus comentarios y sugerencias para la elaboración del presente trabajo, a lo largo de la que hemos mantenido largas conversaciones sobre la narrativa de Gustave Flaubert y la obra de Albert Hirschman.

Artículo recibido en noviembre de 2013 y aceptado en diciembre de 2013

Artículo disponible en versión electrónica en la página www.revista-eea.net, ref. e-32121

“En asuntos de Estado uno no debe permitir que lo guíen apetitos desordenados, que a menudo nos hacen emprender tareas que trascienden nuestra fuerza; ni por pasiones violentas, que nos sacuden de diversas maneras así que nos dominan; (...) sino por nuestro propio interés guiado por la sola razón, que debe ser la regla de nuestras acciones”.

“El interés no mentirá”.

Duque de Rohan (1638)¹

1. INTRODUCCIÓN

Escrita entre los años 1864 y 1869² y publicada este último año, Gustave Flaubert, en *La educación sentimental* pretendió hacer la crónica moral de los hombres de su generación.³ Una generación perdida, si nos atenemos al balance que el principal protagonista de la novela y uno de sus compañeros de aventuras vitales realizan al final de la misma en una de las secuencias que más escandalizaron a la crítica en el momento de su aparición. La generación de los que nacieron en la década de los años veinte del siglo XIX y eran muy jóvenes cuando se produjo la revolución que encumbró a Luis Felipe; que vivieron igualmente el derrumbe del sistema orleanista, siendo testigos de excepción de la revolución del 48, la corta vida de la Segunda República y el golpe de estado de Luís Napoleón. Incluso en su vejez aún pudieron ser testigos del desastre de Sedán, la Comuna y el advenimiento de la Tercera República.

Por ello, asistieron todavía muy jóvenes a los que D. Pinkney calificó como “Decisive years in France (1840-1847)”, a los que más adelante se aludirá en las siguientes páginas y en los que Francia -y Europa- experimentaron una serie de cambios y transformaciones cruciales en el ámbito político, cultural y económico que decidieron el futuro del país (Pinkney 1986). Es precisamente en estos años, alargando el periodo hasta 1851 y tras un salto en el tiempo, cerrando la narración en 1868, en los que transcurre la acción que permite a Flaubert situar una historia sentimental -trasunto de la suya propia- sobre un fondo histórico en el que describe los cambios experimentados por la sociedad francesa, muy especialmente, durante el periodo revolucionario.

¹ Citado por Albert O. Hirschman (Hirschman 1999:57). La cita está entresacada de la obra del duque Henri de Rohan publicada en 1638, *L'intérêt des princes et États de la Chrétienté*.

² En 1845 Flaubert redactó una primera versión de *La educación sentimental*, muy diferente, que nunca publicó en vida (Flaubert 1966).

³ En una carta escrita a su conocida Marie-Sophie de Chantepie, le decía: “Quiero hacer la historia moral de mi generación, aunque “sentimental” sería una palabra más exacta (Lotman 1991:250).

En su relato, Flaubert describe con penetración psicológica los deslizamientos en las actitudes, conductas y retóricas de unos personajes que al decir de su amigo Maxime Du Camp eran fiel reflejo -al igual que los hechos narrados- de individuos reales que Flaubert conoció en el mismo periodo, si bien en algunos casos entremezclados y sirviendo conjuntamente como base para un modelo -en parte arquetípico- de la sociedad de su época. Él mismo, junto a su amigo Du Camp, de alguna forma, sirvieron como soporte para la creación del principal protagonista de la novela: Frédéric Moreau.

La educación sentimental comienza con la descripción del viaje en barco que Frédéric Moreau, joven estudiante que ese mismo año de 1840 irá a París a seguir la carrera de Derecho, realiza el verano anterior para ver a su madre que vive en la aldea de Nogent. En el recibirá el flechazo del amor hacia una mujer casada, bastantes años mayor que él, esposa de un industrial aventurero y que dará comienzo a una historia de amor nunca consumada -una pasión inactiva, dirá Flaubert- que se desliza sobre el fondo de la novela.⁴ El protagonista, llegado a París, se sumerge en una vida universitaria marcada por la bohemia y conocerá a varios estudiantes y jóvenes, la mayoría de ellos republicanos, que viven con pasión e inquietud los últimos años de la monarquía orleanista: republicanos de ocasión, socialistas autoritarios, socialistas “puros” y legitimistas desubicados, entremezclados con artistas, periodistas y, con ellos, el emprendedor aventurero, Mr. Arnoux, propietario de un establecimiento, *L'Art Industriel*, dedicado a la venta de obras y objetos de arte, que es el esposo de la mujer que desde el comienzo de la novela se apropia del corazón del joven Frédéric.

Al construir el entramado histórico que constituye *La educación sentimental*, Flaubert describe la conducta y las ideas de unos personajes cuyos drásticos cambios reflejan las fuerzas que desencadenaron la explosión del 48 así como el fracaso, primero de los socialistas y los demócratas y, más tarde, de los propios republicanos. Y, junto al de ellos, el de sus propuestas políticas y económicas. Llevar adelante semejante tarea le supuso varios años de cuantiosas lecturas y visitas a los escenarios que después describiría de forma meticulosa.

En las páginas que siguen se pretende abordar el análisis de las ideas económicas y políticas que en la novela aparecen entremezcladas, tal y como Flaubert las puso en boca de unos personajes que vivieron en el complejo escenario económico de cambio producido por los comienzos de la revolución industrial en la Francia de mediados del siglo XIX y también analizar en qué medida aquellas ideas eran reflejo del pensar y del sentir del escritor que igualmente vivió la misma época.

⁴ Flaubert sitúa los estudios de Derecho y la aventura amorosa de su personaje en los mismos años en los que él había pasado por las mismas peripecias.

2. LOS AÑOS DECISIVOS: 1840-1847

2.1. La economía

Los progresos económicos alcanzados por Francia entre los años 1835-1837, experimentaron poco después, entre los de 1839-1841, un retroceso al que acompañó un empeoramiento de la situación política. Al agravamiento de la cuestión social que desembocó en el mes de mayo de 1839 en la conjura de la sociedad revolucionaria *Las estaciones* (Alexandrian 1979:272-273), vino a unirse la situación de enfrentamiento con Inglaterra a raíz de la “Cuestión de Oriente” que llevó a Francia al borde de la guerra y provocó un fuerte sentimiento de anglofobia en la población. A ello, vino a sumarse la negativa a una reforma parlamentaria -la proposition Rémilly- que pretendía la incompatibilidad entre el ejercicio de un mandato legislativo y el de un cargo público, lo que, unido a un intento de extender un sufragio todavía fuertemente censitario, sirvió como pretexto al monarca para deshacerse de Thiers y depositar el poder en manos de Guizot, quien entendía el sufragio de una forma bien distinta: “la souveraineté nationale, entendue comme souveraineté illimité du nombre, est le principe le plus faux et le plus dangereux qu’on puisse alléguer” (Goujon 2012:333).

Francia seguía siendo una sociedad fuertemente agraria en la que todavía junto a la nueva estructura orleanista pervivía el antiguo régimen y se encontraba dominada por los *Grandes Notables*, aristócratas, terratenientes, banqueros, industriales y comerciantes a gran escala que se veían favorecidos por un sistema electoral censitario sumamente restrictivo. Sin embargo, a partir de mediada la cuarta década del siglo, la economía francesa empezó a experimentar lentos progresos apoyados en el desarrollo y modernización de la industria textil y más adelante de la industria metalúrgica. También se dieron unos primeros pasos en el sistema financiero (la *Caisse General du Commerce*, que anticipaba un nuevo modelo bancario, fue fundada por Jacques Laffite en 1837)⁵ y unas primeras, aunque tímidas, realizaciones en el campo de los medios de transporte y del ferrocarril que sirvieron como elementos para el despeque experimentado en la década siguiente.

Sin embargo, entre 1838 y 1840 una serie de malas cosechas, unidas a una climatología adversa, acompañada de fuertes inundaciones en el otoño de este último año, provocaron una fuerte subida de precios de los productos alimenticios generando una ola de violencia, acompañada de una fuerte contestación fiscal por parte de la población, así como un reverdecer de un movimiento obrero de carácter espontáneo, traducido en numerosas huelgas, que se negaba a

⁵ Hasta entonces la banca existente no contemplaba la concesión de créditos a largo plazo, ni colaboraba en las inversiones empresariales. Por otra parte la *Haute Banque* se dedicaba a conceder créditos a las *grandes familias* o a suscribir títulos del Estado.

la pérdida de su capacidad adquisitiva (Todd 2008:369).⁶ Todo ello vino acompañado por un conjunto de publicaciones, verdaderamente apabullantes en número, de escritos de republicanos y socialistas que criticaban fuertemente a la monarquía de julio por el incumplimiento de sus promesas y el deterioro de la situación de la clase trabajadora.

A partir del comienzo de la quinta década, en opinión de David Pinkney, se abrió un nuevo y decisivo periodo:

“the most exciting and most significant years of the regime (the July Monarchy) where the neglected years of the Soult-Guizot ministry, 1840-1848. Contrary to the common perception of them as dull and reactionary, characterized by Louis-Philippe’s and Guizot’s unyielding resistance to change, they were filled with change, change that in almost all areas of national life turned France in new directions and shaped its long future” (Pinkney 1986:XI-XII).

Efectivamente, y limitándose al periodo 1840-1847, Pinkney, apoyándose en diversos índices de crecimiento económico, y especialmente en los de Crouzet y Rostow, evidencia como a partir de 1835 Francia experimentó un crecimiento económico, solo interrumpido entre los años 1838 y 1841, que constituyó el punto de apoyo para el despegue posterior a partir de este último año y que se mantuvo hasta la crisis económica de 1846-1847.⁷ Fue en este periodo y muy especialmente a partir de la Ley general de ferrocarriles de 1842 -que supuso a una larga polémica de diez años en el Parlamento y que instauró un sistema de explotación público-privado en el que el Estado se involucró decididamente en el proceso de financiación de la construcción de los ferrocarriles- cuando se produjo una aceleración del crecimiento económico (especialmente en el periodo 1842-1845).

Sin embargo, el año de 1846, tras un verano especialmente seco, volvió a experimentar malas cosechas de cereales, lo que produjo una subida del precio del pan que seguía constituyendo el principal producto para la alimentación de las clases populares, agravada por las prácticas de acaparamiento. Malas cosechas de otros productos básicos como la patata, y crisis ganadera, ocasionaron hambrunas acompañadas de fuertes respuestas populares que pretendían enfrentarse a tales prácticas, impidiendo la circulación de los granos que fuese destinados a otros mercados, mediante el pillaje, o la venta con intimidación.

⁶ Las tensiones se acrecentaron con la llamada Ley Humann, promulgada el 25 de febrero de 1841 que pretendía actualizar los inventarios para la actualización del impuesto sobre puertas y ventanas, lo que se traducía en un aumento de la presión fiscal sobre la población.

⁷ Según el índice de Rostow, para que se produzca el take-off de la industrialización en un país determinado, se requieren tres condiciones: 1) la existencia de una estructura política, social e institucional propicia al desarrollo 2) al menos un sector manufacturero que ejerza el liderazgo y 3) un incremento en la tasa de inversión de al menos un 5 a un 10% de la renta nacional; condiciones que según Pinkney se dieron, si bien la estimación de la última presenta algunas dificultades (Pinkney 1986:24).

Algunas derivaron en motines y altercados que costaron algunas vidas como el de Buzançais, ocurrido en 1847, en el que un rico propietario fue linchado por los campesinos, originando fuertes represiones seguidas de algunas ejecuciones (Jardin y Tudesq 1973:234).

Junto a la crisis agraria, la crisis industrial, en la que fue la industria textil la más afectada por la caída de las ventas; a ella vino a sumarse la crisis financiera provocada por la importación de granos rusos para paliar el déficit cerealístico, la caída de las acciones en la bolsa y numerosas quiebras bancarias. La difícil situación, unida a la demanda creciente de ampliación del censo electoral provocó una campaña de *banquetes republicanos* que comenzó en París -el primero de ellos el 9 de julio de 1847- y culminó en puertas de la revolución de febrero del año siguiente, siendo la suspensión del que debía celebrarse en París el día 22 de ese mes y que fue prohibido por la autoridad, junto a la desmesurada reacción para reprimir la protesta ciudadana -el fusilamiento del Bulevar de los Capuchinos-, el detonante de la revuelta que puso fin al régimen orleanista.

2.2. La cuestión social

El crecimiento económico experimentado durante la Restauración tuvo una clara contrapartida en el agravamiento de las desigualdades sociales y en la extensión del fenómeno del pauperismo que inevitablemente acompañó al proceso de cambio en puertas de la industrialización. El deterioro se hizo especialmente manifiesto durante los periodos de crisis:

“Après d’une décennie de prospérité retrouvée, la France connaît à partir de 1826 une récession économique qui exacerbe des tensions sociales sous-jacentes dans le monde rural comme dans les sociétés urbaines et compromet la crédibilité des autorisés, incapables d’enrayer la crise” (Goujon 2012:203).

Fue en los años inmediatamente anteriores al periodo orleanista cuando surgieron en Francia los escritos de los llamados socialistas utópicos como Saint-Simon, Fourier y más adelante, Blanc y Cabet, a los que vinieron a sumarse los de otros escritores de orientación religiosa como B. de Lammenais, que denunciaban la creciente situación de miseria de la clase trabajadora. Por los mismos años comenzaron a aparecer organizaciones secretas de diverso carácter que luchaban contra las autoridades y en las que en ocasiones se juntaron tanto los republicanos como los bonapartistas, e incluso los liberales, en el periodo anterior a la llegada al poder de Luís Felipe de Orleans.⁸

⁸ Las sociedades más activas fueron las de los carbonarios inspiradas en las sectas secretas que en Italia habían luchado en la revolución napolitana y fueron traídas a Francia por exiliados. Su actividad comenzó en 1821. La primera fue la de *Los Amigos de la verdad* en la que participó un joven Ph. Buchez que más adelante tuvo un fuerte protagonismo en otros movimientos similares. Su objetivo era “devolverle al pueblo su soberanía” (Alexandrian 1979:255).

Durante la monarquía orleanista, surgió en 1830 el club republicano *Los Amigos del pueblo* a instancias de revolucionarios activos como Godefroy Cavaignac, Blanqui y Raspail. El club se transformó en sociedad secreta en el año 1831 y publicó el periódico *Au Peuple* que fue víctima de un proceso judicial. En 1831 se constituyó la *Sociedad de los derechos del hombre* a instancias del mismo Cavaignac, en la que participó el luego célebre líder revolucionario A. Barbés. Las sociedades sufrían constantes escisiones originadas por disidencias internas y con frecuencia se vieron controladas y desarticuladas por agentes de la policía infiltrados u organizados en sociedades paralelas, como la de *los falsos hermanos*.⁹ Su objetivo era la propaganda y la insurrección y, debido al control policial y su carencia de recursos, su vida siempre fue muy limitada.

En 1834 se constituyó la más potente de todas, la *Sociedad de la Familias*, que tenía una orientación socialista, tras la cual se encontraban Barbés y Blanqui (Alexandrian 1979:269). El 12 de mayo de 1839, a raíz de la crisis parlamentaria que supuso la caída del gobierno Molé, una derivación de *Las Familias*, que ahora tomaba el nombre de *Las estaciones*, provocó una revuelta de la que el agente La Hodde dijo que era la más extraordinaria del siglo (Ibidem:272). Reprimida la sublevación, los organizadores, Barbés, Blanqui y Martin Bernard fueron condenados a muerte y posteriormente indultados por Luís Felipe.

El año 1840 asistió a una auténtica explosión de publicaciones acerca de la cuestión social (Pinkney 1986:93) (Harvey 2006:197). En el mismo año vieron la luz, entre otras, las obras de Louis Blanc, *Organisation du travail*; *Voyage en Icarie* de Étienne Cabet; *Qu'est-ce que la propriété* de J. Proudhon; *De l'humanité* de Pierre Leroux y algunos números del periódico de Pierre Buchez, *L'Atelier*. En aquel momento la situación era realmente crítica:

"not until the formation of Soult-Guizot ministry in October 1840 was the crisis really resolved and the monarchy led by a strong ministry. For eighteen months the juste milieu of Louis-Philippe appeared to be incapable of governing the country. The economy had been in depression since 1837, and the working class had been hard hit by unemployment, reduction in wages, and rising food costs" (Pinkney 1986:94).

En los años que siguen a la crisis y hasta el estallido en febrero de 1848, serán múltiples las publicaciones en forma de libros y folletos que, junto a las colaboraciones de una prensa en pleno desarrollo, se harán eco de las reivindicaciones descritas. Las ideas de los primeros utopistas, recogidas de forma bastante crítica por Flaubert en *La educación sentimental*, se encontrarán en plena

⁹ Uno de estos agentes infiltrados, Lucien de La Hodde, autor de una *Historia de las sociedades secretas de 1830, a 1848*, fue uno de quienes probablemente inspiró en parte uno de los personajes de *La educación sentimental*, al que más adelante aludiremos, el socialista autoritario y traidor, Sénécal (Suffel 1958:104).

agitación -en aquellos momentos, París era el auténtico hervidero intelectual de Europa- cuando Marx acuda a París en 1843. Tras su exilio en Londres, volvió en marzo de 1848 y conocerá las ideas de todos estos pensadores (Blanc, Proudhon, Leroux), que con distinta intensidad marcaron su pensamiento en unos años todavía de formación, antes de la elaboración junto con F. Engels, del Manifiesto Comunista.¹⁰ Es este periodo de efervescencia política e intelectual el que refleja y con el que da comienzo la novela de Gustave Flaubert.

3. LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Tras publicar *Madame Bovary* (1856) y *Salambó* (1862), Flaubert comenzó a escribir *La educación sentimental* en 1864. En los años siguientes, el “eremita de Croisset” alterna su reclusión con las visitas a París en las que mantiene un contacto asiduo con sus amigos escritores: Gautier, Turgueniev, los hermanos Goncourt y George Sand, entre otros. (Winock 2013:244-248). Igualmente, visita a algunos miembros de la familia imperial de entre los cuales tuvo especial relación con el príncipe Jérôme Napoleón y muy especialmente con la que fue su amiga, confidente y tal vez algo más, la princesa Mathilde, prima del emperador (Lotman 1991:254). Thibaudet indica que al igual que las dos novelas precedentes “*l’Education sentimentale* est conçue dans un état d’esprit critique” (Thibaudet 1935:148). Sus amigos e incluso su propio editor -Levy- le propusieron otros títulos más acordes con lo narrado en el texto y a la vez más comerciales, (*La vie et les femmes*; *Les illusions perdues*, etc.), pero Flaubert quería uno que apelase a la historia de toda una generación derrotada como la suya: “Il s’agit donc d’une génération qui a gaspillé ses forces et qui a été déclarée en faillite, avec le second Empire pour syndic” (Thibaudet 1935:150).

En *La educación sentimental*, Flaubert contará una historia de amor que se inspira en la propia¹¹ cuando a los catorce años durante unas vacaciones en Trouville se enamoró de una mujer casada, once años mayor que él, Elisa Schlessinger -Mme Arnoux en la novela-, a la que profesó adoración durante toda su vida sin llegar a consumir jamás su pasión. Como telón de fondo de esa pasión, se relatan los hechos que suceden en Francia entre los años 1840 y 1851, fundamentalmente, con una escena final que sitúa entre los años de 1867 y 1868, en momentos cercanos a la finalización de su redacción. El hilo conductor será, un personaje, Frédéric Moreau que, al igual que el propio Flaubert, y

¹⁰ En París, Marx redactó solamente tres manuscritos: *La crítica de la Filosofía de Hegel*, aparecida en los cuadernos franco-alemanes; *La Sagrada Familia* -en colaboración con Engels- y *Los manuscritos de filosofía y economía*, los llamados “manuscritos de 1844”.

¹¹ “Il faut s’entendre, quand on dit que Frédéric c’est Flaubert. Flaubert moins la littérature, comme Salambó c’était la littérature moins Flaubert. On peut dire: Frédéric c’est lui dans la mesure à peu près où il dit: Mme. Bovary, c’est moi (...) Flaubert a exprimé dans ce faible qu’est Frédéric la somme de ses faiblesses” (Thibaudet 1935:153).

por las mismas fechas, acude a seguir los estudios de Derecho en la universidad de París. Las dos primeras partes, de las tres de que consta la novela, transcurren entre los años 1840 y 1848, dedicando la última de ellas a la narración de la vida de Frédéric durante la revolución de febrero y los días que a ella siguieron hasta el golpe de estado de Luís Napoleón.

Al relatar tales avatares, Flaubert realiza un retrato colectivo de la sociedad orleanista en los años de su decadencia en el que se entremezclan personajes de la más variada naturaleza ideológica: legitimistas, liberales, republicanos, socialistas, demócratas y orleanistas de diversa condición. Si hacemos caso de lo que dijo su amigo Maxime du Camp, que compartió su vida con él en aquellos años, todos los personajes se inspiraron -debidamente entremezclados, al igual que más adelante haría con maestría Marcel Proust- en seres reales que él conoció en la mayoría de los casos personalmente.¹²

3.1. Los personajes

3.1.1. Los amigos de Arnoux

Cuando Frédéric llega a París en el otoño de 1840, se apresta a ver a la mujer que poco tiempo antes había conquistado su corazón; para ello, se acerca a su esposo, Mr. Arnoux, joven y próspero industrial que ha hecho sus negocios en la especulación durante los primeros años de la monarquía orleanista. Arnoux era propietario de *l'Art Industriel*, establecimiento que comprendía una revista de pintura y una tienda de cuadros y que al declinar el negocio se dedicará sucesivamente a la compra-venta de terrenos, a la explotación del caolín, al comercio de la cerámica y a otras variadas especulaciones, para terminar montando una tienda de objetos religiosos y, finalmente, quebrado y perseguido, huir de París: “su inteligencia no era suficientemente elevada como para alcanzar el arte, ni tampoco bastante burguesa para buscar solo el provecho, de tal modo que sin contentar a nadie se estaba arruinando” (LES:686). Egoísta, descarado, pero a la vez generoso, alrededor de él pululaban artistas, periodistas, comerciantes de medio pelo y algunas damiselas -lorettes- que prestaban sus favores a cambio de generosos obsequios.

Pellerin era un pintor -para el que bien pudo ser el modelo el famoso fotógrafo Nadar- que “leía todas las obras de estética para descubrir la verdadera teoría de lo Bello, convencido de que, cuando la hubiese encontrado, haría obras maestras” (LES:563).¹³ Esbirro de Arnoux, sin embargo, se sentía estafado por

¹² “Il n'est pas un des acteurs que je ne puisse nommer, je les ai tous connus ou côtoyés, depuis Frédéric, qui n'est autre que Gustave Flaubert, jusqu'à Mme. Arnoux, qui est l'inconnue de Trouville transportée dans un autre milieu” (Thibaudet 1935:151).

¹³ “Tenía como sirvienta a una mujer vieja, cubierta de harapos, cenaba en la tasca y vivía sin amante. Sus conocimientos acumulados de manera confusa, hacían divertidas sus paradojas. Su

el empresario y, por ello, ofendido en su orgullo de artista. En realidad, odiaba el comercio: “Pellerin lanzó una catilinaria contra los tenderos; vendedores de velas o usureros, para él todos eran iguales” (LES:599). Como se recoge en la novela, terminó su vida de una forma bien distinta: “después de haberse entregado al fourierismo, a la homeopatía, al espiritismo, al arte gótico y a la pintura humanitaria, se había hecho fotógrafo; y en todas las paredes de París se le veía representado en traje negro y con un cuerpo minúsculo y un enorme cabezón (LES:865).

Otro de los acólitos de Arnoux, era Regimbart, “el ciudadano”, un cretino vago y descreído al que, sin embargo, aquél concedía unas condiciones intelectuales y una inteligencia superior. Gastaba el tiempo merodeando por las calles de la ciudad entre copas de ajeno y vermouts rituales leyendo el *National* mientras expresaba sus opiniones en voz alta: “Y no era la afición a la bebida lo que atraía a estos lugares al ciudadano Regimbart sino la costumbre inveterada de hablar allí de política; con la edad, su ardor había decaído, no le quedaba más que una melancolía silenciosa. Viéndolo con cara tan seria parecía que daba vueltas al mundo en su cabeza. Nada salía de ella; y nadie, ni siquiera sus amigos, le conocía ocupación, aunque presumía de tener una agencia de negocios” (LES:565).

Durante la monarquía orleanista, Régimbart deseaba la revolución y conspiraba activamente con los clubistas; cuando esta se produjo pensaba que no se trataba de eso y, al final de todo, su única preocupación era conservar las fronteras nacionales. Junto a los fieles de Arnoux, Frédéric que entonces estaba de parte de los que defendían el cambio de régimen, conoce diversos personajes que en relación con sus actitudes ante los hechos del 48 configuran una auténtica taxonomía de los revolucionarios de aquella época. Thibaudet cree que estos son de tres clases: el revolucionario por interés, el socialista autoritario y el “verdadero revolucionario” (Thibaudet 1935:170).

3.1.2. Los revolucionarios

Deslauriers, el compañero de aventuras de Frédéric -personaje tal vez construido a través de la imagen de su amigo du Camp y de él mismo-, es el revolucionario por interés. Ambicioso, quiere ganar dinero, medrar en política, dirigir un periódico y compartir la fortuna que Frédéric ha recibido por una herencia.¹⁴ Deslauriers animará por dos veces a Frédéric a presentarse a candidato a dipu-

odio al vulgo y al burgués se desbordaba en sarcasmos de un lirismo grandioso y tenía tal devoción por los maestros que le hacían elevarse casi a la altura de ellos” (LES:564).

¹⁴ En su juventud, Deslauriers “meditaba un vasto sistema de filosofía que tendría las más remotas aplicaciones” (LES:546). Además “ambicionaba la riqueza como medio de dominio sobre los hombres. Habría querido mover gente en torno a él, hacer mucho ruido, tener tres secretarios a sus órdenes y una gran cena política una vez por semana” (LES: 576).

tado en las elecciones en 1848 y 1850. La suerte no le había sido favorable, suspendiendo las oposiciones a cátedras por sus tan avanzadas como descabelladas tesis sobre el derecho de testar, viendo más tarde fracasar su proyecto de dirigir un periódico por faltarle el apoyo de su amigo Frédéric.

El retrato más despiadado es el de Sénécál, el socialista autoritario cuya actividad preferida era despotricar contra los burgueses y vaticinar la revolución. Nacido en Lyon, hijo de un capataz, había heredado el gusto por la autoridad y el mando y defendía la revolución por necesidad de dominio y pasión por la justicia (Thibaudet 1935:171). Profesor de matemáticas, entre sus múltiples y fallidas actividades, -de gran cabeza y convicciones republicanas, un futuro Saint-Just, en opinión de Deslauriers- se deleitaba con la lectura de Louis Blanc y consideraba que el arte debía tener como único objeto la motivación de las masas; odiaba a Cousin y al eclecticismo porque consideraba que desarrollaba el egoísmo y obstruía la solidaridad. Igualmente denunciaba los escándalos de políticos y financieros y criticaba sin parar a Louis Philippe, a quien llamaba “vulgar guardia nacional, de lo más hortera, triste y de lo más aburrido”.¹⁵

Expulsado como profesor de un colegio por pegar al hijo de un aristócrata, intenta en varias ocasiones influenciar en Frédéric para que le consiga diversos empleos, lo que no le impide quejarse siempre del sueldo, abominar de sus empleadores y, al trabajar como capataz con Arnoux, demostrar un autoritarismo despótico con las obreras a su cargo (siempre en cumplimiento del deber). Contaba con un amplio expediente revolucionario; se había introducido en la *Sociedad de las Familias* y había participado en el motín de 1839. Desde entonces, vigilado por la policía,

“se mantenía en la sombra, pero exaltándose cada vez más, fanático de Alibaud, mezclando sus acusaciones contra la sociedad a las del pueblo contra la monarquía y despertándose cada mañana con la esperanza de una revolución que, en quince días o un mes, cambiaría el mundo. Por fin, desalentado, por la blandura de sus hermanos, furioso por los retrasos que oponían a sus sueños y desesperando de la patria, había entrado de químico en el complot de las bombas incendiarias y lo habían sorprendido llevando pólvora que iba a probar en Montmartre como intento supremo para establecer la República” (LES:715-716).

Deslauriers y Frédéric, por esa época, le admiraban como hombre capaz de sacrificarse por una idea. Sin embargo, hacia el final de la novela, Flaubert convertirá a Sénécál en un policía reaccionario al servicio del golpe de estado de Luís Napoleón, que en presencia del asombrado Frédéric, acabará con su espada

¹⁵ “algo duro y frío se traslucía en sus ojos grises; y su larga levita negra, toda su indumentaria olía a pedagogo y a eclesiástico (...) Sénécál que tenía una mente estrecha, no consideraba más que los sistemas” (LES:574 y 580).

con la vida de su antiguo amigo, el también revolucionario Dussardier.¹⁶

Contrapunto del personaje de Sénécál y como tercera versión del revolucionario de la época, Flaubert introduce en su obra el personaje de Dussardier, el revolucionario puro. Hospiciano, repartidor de un comercio de encajes y novedades, es detenido por defender a un joven frente a una agresión de la propia policía, en un altercado callejero.¹⁷ Hombre del pueblo, de escasas lecturas -Los misterios de París y una biografía de Napoleón- y a quien el espectáculo de las injusticias le hacía saltar el corazón,

“confundía un poco los asesinos con los gendarmes; para él, un policía delator era como un parricida. Todo mal extendido sobre la tierra lo atribuía ingenuamente al Poder, y lo odiaba con un odio tan esencial, permanente, que le poseía totalmente el corazón y afinaba su sensibilidad” (LES:716).

Apoyará la revolución en febrero del 48 y posteriormente, en junio del mismo año, defenderá a la República contra los obreros, convencido de hacer lo mejor. Más tarde, tras contemplar la represión que llevó a cabo Cavaignac, no podía soportar graves problemas de conciencia:

“Quizás habría debido ponerse en el otro lado, con la gente del guardapolvo; pues, en fin, les habían prometido un montón de cosas que no habían cumplido. Sus vencedores detestaban la República; y además se habían mostrado duros en la confrontación. Sin duda, estaban equivocados pero no del todo; y el bravo chico estaba torturado por la idea de que podía haber combatido la justicia” (LES:797).

Como hemos visto, tres años más tarde, defendiendo a la República en el momento del golpe de Estado de Luís Bonaparte, como por una venganza del destino, sería abatido por su antiguo camarada, el autoritario Sénécál; ahora al servicio del poder.

3.1.3. La burguesía orleanista

Junto a Jacques Arnoux, sus acólitos y amantes y los amigos de Frédéric, aparece en el cuadro de personajes, el empresario orleanista, monsieur Dambreuse. En realidad se trataba del conde de Ambreuse, que en 1825 había abandonado su nobleza y su partido -el legitimista- para dedicarse a la industria y

¹⁶ Según el biógrafo de Flaubert Jacques Suffel, “puede haber algo de Lucien de la Hodde en Sénécál” (Suffel 1958:104). Flaubert a lo largo de los años de la redacción de *La educación sentimental* se documentó con profusión sobre los hechos del 48, sobre los escritores republicanos y socialistas de la época y también sobre las sociedades secretas. La doble moral de Sénécál encaja de forma cruel con la opinión que Flaubert tenía del socialismo especialmente en su vertiente autoritaria, a la que más adelante aludiremos.

¹⁷ “Le vrai révolutionnaire de 1848, c’est Dussardier. Il nous donne peut-être la seule figure fraîche et franche, belle et sympathique, qu’on rencontre dans *L’Éducation* (parmi les hommes du moins). Il est révolutionnaire par enthousiasme, par besoin de protéger les faibles et les battus” (Thibaudet 1935:171).

“con la oreja en todos los despachos, la mano en todas las empresas, al acecho de las buenas ocasiones, sutil como un griego y laborioso como un auvernés, había reunido una fortuna que se tenía por considerable (...) y en sus roces con el poder, se inclinaba al centro-izquierda” (LES:549-550). Y muy astutamente, para apaciguar a sus antiguos correligionarios del Faubourg Saint-Germain, enviaba a su altiva señora a alternar con las duquesas y a presidir juntas de caridad. De esta forma “hacía creer que el señor Dambreuse todavía podía arrepentirse y prestar servicios” (Ibidem). En su despacho se veían destacados los retratos de Louis Philippe y del general Foy y solo tenía media docena de sillas de paja sin aparentar lujo alguno, a diferencia de su suntuosa residencia privada, “era como esas oscuras cocinas donde se preparan grandes festines” (LES:655).

Defendía no obstante, el consumo de lujo porque estimulaba el comercio y la fusión de las grandes compañías, como la de la hulla, porque aunque parecieran monopolios, eran necesarias; pero lo que defendía por encima del todo era el sagrado proteccionismo.¹⁸ Como sus amigos industriales y políticos, también orleanistas -alguno de ellos, antiguo carbonario-,¹⁹ se mostraba preocupado por las nuevas ideas que hablaban de la organización del trabajo ya que provenían de “esa clase de hombres que quiere cambiar el mundo (...) ¿Para traernos qué? ¿La República? ¿Como si la República fuese posible en Francia!” (LES:657). Sus amigos, como él, creían que se exageraba al tratar del problema del pauperismo. La miseria existía, pero su solución no dependía de la ciencia ni del poder; se trataba de una cuestión puramente individual. Cuando las clases bajas abandonasen sus vicios se liberarían de sus necesidades y cuando el pueblo fuese más moral, sería menos pobre. Según Dambreuse no se llegaría a nada bueno sin un desarrollo del capital. Por tanto, el único medio posible era confiar, como lo querían, por lo demás, los sansimonianos “Dios mío, alguna razón tenían, seamos justos con todo el mundo”, la causa del progreso a quienes pudiesen acrecentar el caudal público (LES:719).

Era pues, un hombre de gran inteligencia para los negocios y, como se verá ante los sucesos de febrero, suma capacidad adaptativa en política; no en vano, en su escudo de armas se podía apreciar “sobre un fondo de sable, un brazo siniestro de oro con puño cerrado, guanteletes de plata, y esta divisa: *Por todos los caminos*” (LES:831). Flaubert en su relato concentra en este personaje su

¹⁸ Defendiendo la *Unión General de las Hullas Francesas* de la que era uno de sus impulsores, Dambreuse apostillaba: “Así calentamos, alumbramos, penetramos hasta los hogares de las familias más modestas. Pero ¿cómo, me dirá usted, podremos asegurar la venta? Gracias a medidas proteccionistas, querido señor, y las conseguiremos, esto es cosa nuestra. Por lo demás, yo soy francamente prohibicionista. ¡El país ante todo!” (LES:682).

¹⁹ “La mayor parte de los hombres que estaban allí (en casa de Dambreuse) habían servido a cuatro gobiernos por lo menos, y habrían vendido a Francia o al género humano para salvaguardar su patrimonio, no pasar estrecheces, penurias o incluso por simple bajeza, por instintiva adoración al poder” (LES:721).

odio hacia el burgués orleanista; el arribista, desclasado por su propio interés, cazador de fortunas y persona sin los más mínimos escrúpulos: “Había aclamado a Napoleón, a los cosacos, a Luís XVIII, al 1830, a los obreros, a todos los regímenes, adorando el Poder con tal fervor que habría dado dinero por poderse vender” (LES:829). Cuando murió, por las mismas fechas en las que Luís Napoleón, con un auténtico golpe de mano, destituía al ultraconservador general Changarnier, sus amigos dijeron que había muerto víctima del socialismo y de la anarquía que tantos desvelos le habían costado.

3.2. 1848. La revolución

El 22 de febrero estallaba la revuelta callejera que provocaría la caída de Luís Felipe; el 24 ya se había constituido la Comisión ejecutiva del Gobierno provisional compuesta por una mayoría de liberales conservadores de la línea del *National* y algunos más avanzados de la línea de *La Reforme* y, como concesión a los socialistas, en ella figuraron Louis Blanc y el obrero miembro de una sociedad secreta, Albert. La situación crítica de la economía y el elevado endeudamiento del sector público condujo a la toma de medidas urgentes en esta materia como la obligatoriedad de la circulación de los billetes de banco, la creación de oficinas de descuento bancario y la más impopular subida de impuestos directos en un 45% (los célebres 45 céntimos) que pretendía resolver el déficit público. Por otra parte, la clase trabajadora reclamaba la creación de un ministerio de trabajo; tan solo consiguió que a modo de compromiso se crease una comisión presidida por Louis Blanc con la ayuda de Albert para estudiar los problemas de los trabajadores, la conocida como *Comisión de El Luxemburgo*.

A altura del mes de marzo, la influencia de los socialistas y especialmente de Louis Blanc todavía era notoria. Los meses de abril y mayo permitieron asistir a diversos altercados, algunos de difícil interpretación como el del 16 de abril en el que los obreros en la calle se manifestaban a favor de una amenazada República (Aguilhon 1992:57). En las elecciones del 23 de abril a la Asamblea Nacional triunfaron los republicanos moderados dejando evidenciar la ausencia de representación de los orleanistas y, el 15 de mayo, una manifestación en apoyo popular al oprimido pueblo de Polonia desencadenó un asalto a la Asamblea Nacional que comprometió gravemente a los líderes revolucionarios como Barbés y Louis Blanc.

La nueva Comisión ejecutiva, ya desembarazada de los elementos más revolucionarios, adoptando un carácter cada vez más conservador, en el que pesaba de forma determinante la crisis económica (el punto de inflexión se había producido en abril), optó por suprimir el 21 de junio los Talleres Nacionales que daban trabajo a multitud de desempleados provocando las jornadas de junio que K. Marx, que había vuelto a París en el mes de marzo, relató de forma tan detallada en su obra *La lucha de clases en Francia*. En los días 23, 24 y 25 de junio

las fuerzas del orden compuestas por el ejército, la guardia nacional y la guardia nacional "móvil", reclutada después de febrero entre el propio proletariado en paro, masacraron a los manifestantes en unas jornadas recogidas en la novela. El general Cavaignac, que dirigió la operación, formó nuevo gobierno y procedió a reglamentar los clubes y la prensa popular. Las elecciones del 10 de Diciembre verán emerger la figura de Luís Napoleón que barrió con sus resultados al propio Cavaignac (5.400.000 votos contra 1.400.000), nombrando un gobierno presidido por Odilon Barrot: "Cést de là, beaucoup plus que de juin et de Cavaignac, que date le véritable tournant du régime" (Agulhon 1992:191).

Los sucesos ocurridos en este corto espacio de tiempo son los que ocupan la mayoría de las páginas de la tercera parte de La educación sentimental, lo que evidencia que lo que a Flaubert le interesaba era describir los deslizamientos ideológicos de sus personajes como reacción a la revolución, en ese preciso momento de confusión. Al resto del periodo (1849-1850) le dedica tan solo una veintena de páginas sin apenas referencias temporales. Estas últimas se dedican fundamentalmente a relatar el viraje ideológico de los sectores más conservadores que catalizan en el llamado partido del orden que acabará por apoyar al más tarde emperador. Esa será la ocasión, como veremos páginas más adelante, de cerrar el retrato del antiguo empresario y banquero orleanista, Monsieur Dambreuse.

3.2.1. La revolución en La educación sentimental

Flaubert se encontraba en Croisset cuando se enteró del estallido de la revolución y se aprestó, como ya hemos referido, a trasladarse a París junto con sus amigos Du Camp y Bouilhet para ver lo sucesos en primera fila. Las escenas que contempló son relatadas de forma pormenorizada en la tercera parte de la novela en la que, a través de los avatares sufridos por Frédéric y sus compañeros, describe con viveza los acontecimientos.

Al producirse el golpe todos se excitan y reciben con vivas a la revolución; desde los amigos republicanos y socialistas como Deslauriers, Sénécal y Dusardier, hasta el industrial Arnoux y, por supuesto, el propio Frédéric. El caos generado en los días que siguieron al estallido revolucionario fue descrito por Flaubert con una acritud que eleva el tono del relato:

"Entonces la Propiedad creció en estima al nivel de la Religión y se confundió con Dios. Los ataques que le dirigían parecían sacrilegios, casi antropofagia. Aunque nunca hubo legislación más humana, el espectro del 93 reapareció, y la cuchilla de la guillotina vibró en todas las sílabas de la palabra República; lo cual no impedía que a la institución la despreciaran por su debilidad. Francia, sintiéndose ya sin dueño, se puso a gritar de espanto, como un ciego sin bastón, como un crío que ha perdido su niñera" (LES:765).

Quien más se asustó, y tenía motivos para ello, fue Dambreuse, el industrial

orleanista que temía que el pueblo se vengara de él arrebatándole sus propiedades en la Champaña. Por ello, cambió de actitud y de lenguaje, al igual que lo había hecho veinte años antes, pero ahora intentando adaptarse a la nueva situación. Se acogía sin reservas a la divisa *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, comentaba que en el fondo siempre había sido republicano, que Guizot les había metido en un buen fregado y que le caían simpáticos los obreros, “más o menos, todos somos obreros”. Como se acercaban las elecciones del mes de abril a la Asamblea Nacional, le propuso a Frédéric presentarse como candidato; con su apoyo, “él obtendría los votos de los ultras, en vista de sus opiniones; el de los conservadores por su familia y, quizá también -añadió el banquero sonriendo-, gracias un poco a mi influencia” (LES:766).

Ante tales perspectivas, Frédéric, deslumbrado, “se dejó conquistar por la locura universal”. Acto seguido, preparó un discurso que sometió a la consideración de Dambreuse en el que en un tono exaltado consideraba una vergüenza la defensa de los intereses pecuniarios y pedía la libertad de comercio, reclamaba el impuesto sobre la renta, el impuesto progresivo y la instrucción del pueblo. El discurso terminaba: “¡No ahorréis nada, ricos! Dad, dad!”. Dambreuse, entre indignado y atónito, intentó contemporizar con el joven exaltado pero, desde este momento, decidió que él mismo debería presentarse a las elecciones, cosa que hizo con éxito.

3.2.2. *El Club de la inteligencia*

El intento de candidatura a las elecciones de Frédéric y, para ello, las visitas a los clubes revolucionarios en demanda del voto por parte de su personaje, permitió a Flaubert hacer una descripción abracadabrante del magma ideológico en el que se sumergían en aquellas organizaciones los revolucionarios de todo tipo:

“Los visitaron todos o casi todos, los rojos y los azules, los furibundos y los tranquilos, los puritanos, los desaliñados, los místicos y los borrachos, aquellos en los que se decretaba la muerte de los reyes, aquellos otros en los que se denunciaban los fraudes de las tiendas de ultramarinos; y, en todas partes, los inquilinos maldecían a los propietarios, el guardapolvo la tomaba con la levita y los ricos conspiraban contra los pobres. Varios querían indemnizaciones como antiguos mártires de la política, otros solicitaban dinero para poner en práctica inventos, o bien se trataba de planes de falansterios, proyectos de bazares cantonales, sistemas de felicidad pública; después, acá y allá, una chispa de ingenio entre nubes de majaderías, apóstrofes súbitos como salpicaduras, el derecho formulado por un juramento y flores de elocuencia en los labios de patán, que llevaba a pelo la funda de un sable sobre su pecho descamisado. A veces también figuraba un señor, aristócrata de aspecto humilde, diciendo cosas plebeyas, y que no se había lavado las manos para que pareciesen más callosas. Un patriota lo reconocía, los más virtuosos le regañaban; y desahogaba la rabia que tenía en el alma. Para aparentar sensatez, había que seguir denigrando a los

abogados, y emplear el mayor número de veces posible estas locuciones: “aportar su piedra al edificio”, “problema social”, “taller”” (LES:769).

Frédéric, visto el panorama, no se atrevía a arriesgar; su amigo, el revolucionario Dussardier, le buscó el foro adecuado, el *Club de la Inteligencia*, “semejante nombre infundía esperanzas”. En la descripción de los avatares experimentados por su personaje en la visita al Club, Flaubert lanzó todas las diatribas posibles hacia los revolucionarios y socialistas, que con la excepción del “socialista puro”, descalificaba en la novela tanto como odiaba en la realidad.²⁰

En el *Club de la Inteligencia* el maestro de ceremonias era su ambiguo amigo Sénécál que abrió la sesión con la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, tras lo cual entonaron un himno del poeta Béranger y se sucedieron un conjunto de intervenciones insólitas. Un exprofesor proponía que la democracia europea adoptase una lengua única “se podría utilizar una lengua muerta, como, por ejemplo, latín modernizado”. Acto seguido, un viejecito presentaba una memoria sobre el reparto de impuestos repleta de números que nadie alcanzaba a entender; se retiró pidiendo perdón ante un sinfín de silbidos.

Al abordarse la cuestión electoral comenzaron los enfrentamientos entre los personajes más estrambóticos imaginables: un sacerdote y agrónomo, bastante petulante, hacía propaganda de un libro que había escrito sobre los abonos (los oyentes le mandaron a un círculo hortícola). Otro iluminado trataba de convencer a los oyentes de que todos eran religiosos, todos eran sacerdotes y el mismo Jesucristo había sido el fundador del socialismo, “El Evangelio conducía derecho al 89”. El representante de alcoholes pensaba que el beato se estaba burlando de todos y proponía que, puesto tanto se hablaba de economía, sería muy conveniente suprimir las iglesias, los copones y todos los cultos. Delmar, actor polifacético y embaucador, defendía la misión civilizadora del arte, la reforma del teatro y de la enseñanza en general:

“No más Academias! ¡Basta de Instituto! ¡Fuera el Bachillerato! ¡Abajo las misiones! ¡Abajo los grados universitarios! ¡Conservémoslos! -dijo Sénécál- ¡Pero que sean conferidos por sufragio universal, por el pueblo, único juez verdadero!” (LES:774).

Crecido por los vítores, el actor se pasó al terreno de la economía y lanzó algunas diatribas en favor de la nacionalización de la banca y los seguros y la

²⁰ Las críticas al socialismo fueron uno de los temas tratados en la intensa correspondencia que desde los años 60 y hasta el momento de la muerte de George Sand mantuvo con ella. Flaubert odiaba especialmente el socialismo autoritario (el modelo de Sénécál en la novela) y, como le relataba a Sand, creía que estaba contaminado por la influencia de la religión. En cambio, respetaba a los “socialistas puros”, como su personaje Dussardier, que ofrecían su vida entera por una idea. Admiraba a Barbés y, mientras escribía *La educación sentimental*, Sand le consiguió una entrevista con él para que le relatase los detalles de uno de sus feroces encarcelamientos. Bien es cierto, que Flaubert, aún consciente de ser un burgués, no odiaba por ello menos a la burguesía.

abolición de la herencia. En medio del barullo Frédéric intentó hacer valer su candidatura pero su vengativo y autoritario amigo, que ahora presidía la asamblea, no le dejó hacer uso de la palabra por no poder demostrar que había participado en la insurrección desde el principio. Fue expulsado de la sala al grito de ¡Aristo!. Se marchó ofendido, reprochándose a si mismo su entrega, sin darse cuenta que las acusaciones que sobre el recaían eran legítimas: “Qué fatal idea esta candidatura! Pero ¡qué burros, qué cretinos! Se comparaba con aquellos hombres y se consolaba con su sandez la herida de su orgullo” (LES:775).

Finalmente, tras su estrepitoso fracaso, Frédéric no se presentó a las elecciones. Quien si lo hizo, obteniendo su escaño, fue Dambreuse, que tres meses antes gritaba ¡Viva la República! y ahora “odiaba particularmente a Lamartine por haber apoyado a Ledru-Rollin, y él a Pierre Leroux, Proudhon, Considérant, Lammenais, a todas las cabezas locas, a todos los socialistas” (LES:783).

3.2.3. *La resaca de la revolución*

En el mes de junio cerraron los Talleres Nacionales que daban trabajo a multitud de obreros desempleados; se avecinaba la tragedia, a pesar de lo cual Frédéric, (siempre más atento a las tareas del corazón que a las revolucionarias en los momentos decisivos)²¹ se aprestaba a consumar una cita amorosa en las afueras de París, desde donde le llegó la noticia de que su amigo Dussardier había sido herido durante las jornadas que en ese mismo mes presenciaron nuevos sucesos revolucionarios que Flaubert relata con crudeza:

“Era un desbordamiento de miedo. Se vengaban a la vez de los periódicos, de los clubes, de la formación de grupos, de las doctrinas, de todo lo que les exasperaba desde hacía tres meses; y a pesar de la victoria, la igualdad (como para castigo de sus defensores y burla de sus enemigos) se manifestaba triunfalmente, una igualdad de animales brutos; un mismo nivel de ignominias hirientes; pues el fanatismo de los intereses equilibró los delirios de la crápula, y el gorro de algodón no se mostró menos repelente que el gorro rojo. La razón estaba perturbada como después de las grandes conmociones de la naturaleza. Gentes de talento se volvieron idiotas para toda la vida” (LES:797).

Fue en aquella ocasión cuando su amigo, herido mientras se ocupaba de defender a la República, esta vez contra los trabajadores, le confesó como se ha visto páginas arriba, que le torturaba la idea de haber combatido contra la justicia. Tal vez sea esa confesión la que hizo a Flaubert concebir una mayor simpatía por este tipo de socialista no autoritario y honesto (a lo Barbés) que contrastaba con aquéllos otros que tanto odiaba.

El interés de Flaubert en los episodios que sucedieron a la derrota de la alternativa republicana progresista consistió en describir la otra venganza: la de la

²¹ “Tanta indiferencia en las desgracias de su patria tenía algo de mezquino y de burgués. Su amor le pesó pronto como un crimen” (LES:793).

burguesía industrial y financiera que readaptándose tras los malos vientos al nuevo orden que seguía avanzando, pero ya en otra dirección, cambió de discurso, volviendo a los valores que siempre habían defendido: propiedad, patria, familia y religión. Abogaban por una “mano de hierro” que salvara a Francia del marasmo y la anarquía; todos se reubicaban en el nuevo escenario, como Pellerin, el amigo fourierista de Frédéric, que ahora creía que el régimen más favorable para las artes era “una monarquía bien entendida.” Por su parte, el a pesar de todo ingenuo industrial, Arnoux, intentaba explicar a otro industrial, amigo de Dambreuse, que había dos tipos de socialismo, uno bueno y otro malo, a lo que este último le replicaba con la defensa de la propiedad; para él, era un derecho escrito en la naturaleza “el mismo león, si pudiera hablar, se declararía propietario” (LES:804). No cabe duda de que la situación, por reciente, aún era ambigua; por lo que Dambreuse seguía defendiendo al general Cavaignac que, tras los sucesos de junio, había accedido al poder.

Un año después y tras la nueva oleada revolucionaria de junio de 1849 -no relatada en *La educación sentimental*- el viraje se había consumado. Dambreuse que “como un barómetro, señalaba constantemente los últimos cambios, su última variación” (LES:818), ahora detestaba a Cavaignac que solo era un traidor y depositaba su fervor en el espadón Changarnier. El palacio de Dambreuse, al decir de la novela, se había convertido en una sucursal íntima de la calle de Poitiers, comité de fuerte tendencia conservadora. De forma simbólica, el banquero muere a consecuencia de una hemoptisis tras la destitución de Changarnier. Como ya hemos relatado, en aquel momento, sus amigos concluyeron que habían sido el socialismo y los desvelos, a consecuencia de la anarquía imperante, lo que le habían matado.

Frédéric y su amigo Deslauriers también dudaban y cambiaban de criterio ante el devenir de los acontecimientos. Este último, ahora detestaba a los obreros porque había tenido que enfrentarse a ellos al intentar el año anterior desempeñar un cargo al servicio del gobierno provisional, “ya estoy harto de estos tipos (los obreros) que se arrodillan por turno ante el patíbulo de Robespierre, las botas del Emperador, el paraguas de Luís Felipe, gentuza eternamente adicta a quien le echa un pedazo de pan en la boca” (LES:822). Frédéric, nunca comprometido, confesaba a su amigo, que la República se había hecho vieja y “¿Tal vez el progreso no es realizable más que por una aristocracia o por un solo hombre? La iniciativa viene siempre de arriba. El pueblo es menor, digan lo que digan” (LES:823).

En la novela, Flaubert, saltándose los acontecimientos acaecidos entre 1849 y 1850, o citándolos de forma implícita, irá directo al golpe de estado de Luís Napoleón -sin citarle- para reflejar el último acto de violencia y mezquindad que supone el asesinato ya relatado de su amigo Dussardier.

3.2.4. La casa de la turca

Para finalizar la novela Flaubert realiza un salto de 16 años en el tiempo a través de un recurso que Marcel Proust denominó los “blancs” de Flaubert, consistente en pasar con un cambio improvisado de ritmo narrativo de una secuencia a otra, temporalmente lejana y sin conexión alguna con la anterior (Proust:1920).²² En los dos últimos capítulos que cierran la obra, Frédéric recibe por sorpresa la visita de la esposa de Arnoux quien años después se le ofrece -o el así lo cree- no consumando tampoco esta vez, que sería la última, su amor de toda la vida (su pasión inactiva).²³

En el invierno de 1868 Frédéric y Deslauriers, reconciliados, volverán verse “por la fatalidad de su naturaleza que les obligaba siempre a reencontrarse y a quererse” (LES:865). Deslauriers se había casado con la señorita Roque, antigua prometida de Frédéric que más tarde se había fugado con un cantante. Había sido prefecto, jefe de colonización en Argelia, secretario de un bajá, gerente de un periódico, agente de publicidad y, por fin, se había empleado como abogado en una compañía industrial. Por su parte, Frédéric vivía como un burgués y se había comido dos terceras partes de su fortuna. Repasaron la lista de amigos: uno era senador, otro controlaba los teatros de la ciudad, el fourierista Pellerin se había hecho fotógrafo y Cisy, el amigo legitimista, se había entregado a la religión, era padre de ocho hijos y vivía en un castillo. Del traidor Sénécal no tenían noticia, Arnoux había fallecido el año anterior y sus amantes, indefectiblemente, habían engordado. Solo el “ciudadano” Régimbart seguía arrastrándose, hecho un espectro, por los bulevares en busca del ajenjo.

Tanto Frédéric como Deslauriers habían fracasado; ¿cuál era la razón?:

“Quizás el no haberse trazado una línea recta, dijo Frédéric. Eso puede valer para ti. Yo por el contrario, he pecado de exceso de rectitud, sin tener en cuenta mil cosas secundarias más importantes que todo. Yo he tenido demasiada lógica, y tú demasiado sentimiento” (LES:866).

Después, le echaron la culpa a la época que les había tocado vivir.²⁴ Recordaron su vida de colegiales y cómo, siendo todavía adolescentes, se habían escapado con un racimo de flores cogido en el jardín para acudir a la casa

²² El capítulo sexto de la tercera parte se cierra con el asesinato de Dussardier, cortando la escena en el clímax de la violencia. El capítulo siguiente, comienza: “Viajó. Conoció la melancolía...” (LES:861).

²³ Muchos estudiosos de Flaubert han considerado estos capítulos los más intensos y acabados de la obra que, si contrastamos con su cuaderno de notas 19, son en parte trasunto de su historia real con Elisa Schessinger. La historia, a pesar del hilo que vehicula la narración, ha quedado preterida en este trabajo que se dedica exclusivamente a los aspectos económicos y políticos.

²⁴ En su correspondencia con George Sand durante los años 60 y 70 Flaubert se quejaba frecuentemente de que Dios le había hecho vivir, como a San Policarpo, en una época inadecuada.

de la Turca, lugar de perdición conocido en la localidad como “el lugar que sabéis”, “cierta calle”, o “debajo de los puentes”. Se asustaron tanto que no consumaron la aventura, pero tras recordar el suceso, los dos viejos amigos convinieron en algo que al publicarse la obra espantó a la crítica y a ciertos sectores de la sociedad de la época: “aquella fue la mejor aventura que corrimos, dijo Frédéric. Sí, quizá si... ¡Aquella fue la mejor aventura que corrimos!, dijo Deslauriers” (LES:868).

4. LAS PASIONES Y LOS INTERESES

4.1. Las retóricas de la intransigencia

Flaubert, como sus personajes, vivió la transición política y económica que presenció la revolución industrial completamente desubicado. Nacido en 1821, había contemplado el advenimiento de la monarquía orleanista, la revolución de 1848, el despegue de la industrialización de su país y el nacimiento de la cuestión social. Habiendo sido testigo de mutaciones tan drásticas, sin embargo, o, tal vez por ello, no creía en el progreso, ni en la industria, ni en los avances sociales. Observaba, con gran desconfianza, el protagonismo de las masas que, a un individualista como él, le horrorizaban. Como subraya Michel Winock, su comportamiento es el del “homo dúplex” especialmente en el terreno de lo político”:

“Il s’est montré tout au loin de sa vie, sous une forme ou sous une autre, un ami de l’ordre ennemi de l’autorité, un conservateur anarchiste. Par principe, il détecte la politique, ne lit pas les journaux et professe l’abstention: “Je crois, écrit-il en 1846, que tous ce que nous pouvons faire pour le progrès de l’humanité ou rien, c’est absolument la même chose” (Winock 2013:460).

Persona contradictoria, de opiniones extremas y en ocasiones cambiantes, constituye una labor difícil reconstruir sus ideas acerca de la política, la economía, o la sociedad, aunque en ocasiones las dejó traslucir poniéndolas en boca de sus personajes, muy especialmente en *La educación sentimental* y en su novela póstuma *Bouvard et Pécuchet*. Esta última debía incorporar una segunda parte conteniendo varios textos incompletos, entre ellos el *Diccionario de las ideas recibidas*, en el que se contienen muchas alusiones relativas a los temas sugeridos.

Tal vez, como sugiere Julian Barnes, puedan encontrarse pistas para la reconstrucción de una biografía, no intentando buscar el hilo conductor de una forma lineal, sino a través de la “colección de agujeros atados por el mismo hilo” que constituyen la red de una vida. (Barnes 1986:45). Para ello, sugerimos releer la intensa correspondencia que Flaubert mantuvo con la que fue su amante en la década de los cincuenta, Louise Colet y más tarde, con su gran amiga George Sand en las décadas de los 60 y 70. Es en ellas, junto con el *Diccionario de las ideas recibidas*, en donde más que en ninguna parte, Flaubert

deja traslucir, en muchas ocasiones con gran vehemencia, sus opiniones sobre la sociedad, el progreso, la industria, el sufragio electoral, la política, la religión, el socialismo y la burguesía.

Tales ideas han sido mostradas en las páginas dedicadas a *La educación sentimental* en el presente texto; ahora nos interesa explicar cómo Flaubert, en consonancia con su pésima opinión sobre la actividad política, abundó en ellas, fijando su lente de forma devastadora y a la vez sutil, en algunos de sus personajes para mostrar sus deslizamientos interesados a lo largo del principal periodo tratado en la novela (1840-1851). Y para ello, dos bien distintos son a la vez el blanco principal y quienes resumen el desastre del 48 y la imposibilidad de cambio social: el burgués orleanista y el revolucionario socialista. Sus adaptativas retóricas y sus cambiantes posicionamientos políticos son descritos con penetración y fuerte ironía en las que creemos Flaubert proyecta sus fantasmas ideológicos y políticos.

La retórica de Dambreuse, el burgués industrial y financiero orleanista, se corresponde con la que Albert Hirschman en su *Retóricas de la intransigencia* denomina “tesis de la perversidad”, aquella según la cual, “la tentativa de empujar a la sociedad en determinada dirección resultará, en efecto, en un movimiento, pero en la dirección opuesta” (Hirschman 2001:21). En efecto, Dambreuse, que ha medrado y fabricado su cuantiosa fortuna al calor de la monarquía orleanista, contempla con pavor cómo la debilidad o falta de sentido estratégico de los gobernantes de Luís Felipe, conducen a un cataclismo, (el 48). Se adaptará a la nueva situación, naturalmente cambiando de actitud, y resituándose en lo político para defender sus intereses.

Pero, a pesar de ello, siempre considerará que cualquier intento de ensanchar el electorado, afrontar la cuestión social desde posturas más igualitarias, conferir el poder a un Estado centralizado, dar “tanta libertad a los periódicos”, o laicizar “en exceso” la sociedad, poniendo además en peligro el principio de la propiedad, no conducirá más que a un camino equivocado que provocará el deterioro de la situación económica y desembocará en la anarquía social, lo que perjudicará gravemente sus intereses. Tras la revolución, se esconde, cambia de vida ocultando los signos externos, emplea una retórica equívoca “más o menos, todos somos obreros”, “algo de verdad decían los socialistas templados como Saint-Simon”, y busca aliados como Frédéric, para tener una persona de confianza en el parlamento, aunque sus propuestas (libre-cambio, reforma de la herencia) le horroricen. En definitiva, se trata de ganar tiempo mientras la aventura social de la revolución se pudre y se deshace por sí misma. El banquero, como J. De Maistre, creía que la “crueldad de la divina providencia” volvería a poner las cosas en su sitio (Hirschman 2001:27).

La otra cara de la moneda es el autoritario, Sénécál, en quien Flaubert personifica la ideología socialista que, con contadas excepciones, siempre abominó.

En su caso, Sénecal aparece como un joven perteneciente a sociedades secretas revolucionarias que se implica en repetidos intentos de defender la revolución, -a la vez que busca su subsistencia al rebufo de sus amigos- y siempre demuestra un amor a la autoridad, un odio al individualismo, una falta de tolerancia y una crueldad manifiesta. Deportado por revolucionario en junio de 1848, el personaje se desliza reapareciendo más tarde como agente de la policía durante el golpe de estado de Luís Napoleón, momento en el que dará muerte a su amigo Dussardier. No hay transiciones, en el caso de Sénecal; siempre autoritario pasará de la revolución, a la defensa del orden y al asesinato, con una lógica aplastante.

4.2. La revolución, el progreso y el socialismo

La indiferencia, cuando no desconfianza hacia el progreso, así como el odio al socialismo, en su vertiente más autoritaria, fue en Flaubert una constante que se fue agravando con el correr de los años. Ya en marzo de 1848, escribía a la su entonces amante Louise Colet sus impresiones sobre la revolución:

“Me pide mi opinión sobre todo lo que acaba de suceder. Pues bien, todo es muy gracioso. Hay caras descompuestas muy regocijantes de ver. Me deleito profundamente en la contemplación de todas las ambiciones aplastadas. No sé si la nueva forma de gobierno y el estado social que de ella resulte será más favorable al Arte. Es una pregunta. No se podrá ser ni más burgués ni más nulo. En cuanto a más idiota, ¿será posible?” (Flaubert 2003:156).

Cuatro años después, en abril de 1852, le volvía a escribir, comentándole que “sus cabellos se caían como si fuesen convicciones políticas” y arremetiendo nuevamente contra los socialistas:

“el ideal del Estado, según los socialistas, ¿no es una especie de gran monstruo que absorbe en él toda acción individual, toda personalidad, todo pensamiento, y que lo dirigirá todo, lo hará todo? En el fondo de estos corazones hay una tiranía sacerdotal (...) Así, desde 1830, Francia delira de un realismo idiota; la infalibilidad del sufragio universal está a punto de convertirse en un dogma que va a suceder a la infalibilidad del Papa” (Flaubert 2003:93).

En sus cartas, reconocía que no tenía el menor sentido patriótico -años más tarde cuando la guerra contra Prusia cambiaría de actitud-, que no creía en el progreso “a medida que la humanidad se perfecciona, el hombre se degrada”,²⁵ que los republicanos le parecían los pedagogos más salvajes del mundo y que odiaba la muchedumbre “siempre dirigida por cabecillas e instigadores”. Bien

²⁵ Flaubert odiaba los ferrocarriles: “Pero no solo odiaba el ferrocarril como tal, sino también el hecho de que permitiese a la gente hacerse la ilusión de que existe el progreso (...) En una de sus primeras cartas, escrita a los quince años, hace una lista de las desgracias de la civilización moderna: Ferrocarriles, venenos, clisobombas, tartas à la crème, la realeza y la guillotina” (Barnes, 1986:131-132).

es verdad que tampoco dejaba en pie a la burguesía que ahora, después del golpe de Luís Napoleón, dirigía los destinos del país:

“¡Pobres los que creyeron en la apoteosis o en el paraíso! Ahora se es más positivo, se, etc. Y, sin embargo ¡qué longitud de zanahoria se traga este buen burgués de la época! ¡Qué memo! ¡Qué tonto! Pues la chabacanería no impide el cretinismo” (Flaubert 2003:278).

No le interesaba la economía²⁶; además, toda su vida experimentó problemas económicos,²⁷ Tampoco tenía ninguna fe en un desarrollo de la sociedad basada en la industria, como demuestra la peculiar impresión que le produjo la lectura, directa o indirecta, de *La Riqueza de las Naciones*, tal y como en agosto de 1853, le explicaba a Louis Colet:

“¡Qué jaleo provoca la industria en el mundo! ¡Qué cosa escandalosa es la máquina! A propósito de industria, ¿has pensado alguna vez en la cantidad de profesiones idiotas que engendra y en la masa de estupidez que, a la larga, ha de provenir de ella? ¡Sería una estadística espantosa de hacer! ¡Qué puede esperarse de un pueblo como el de Manchester, que pasa la vida haciendo alfileres? ¡Y la confección de un alfiler exige cinco o seis especialidades diferentes! Al subdividirse el trabajo, nacen pues, junto a las máquinas, cantidades de hombres-máquina. ¡Qué función la de revisor en el ferrocarril o la de ajustador en una imprenta!, etc., etc. Sí, la humanidad vira a lo estúpido” (Flaubert 2003: 306-307).

Años más tarde, en su correspondencia con su gran amiga George Sand que tenía unas ideas políticas completamente contrarias a las suyas, lo que no impidió que su amistad fuese sincera y duradera -casi dos décadas-, seguía manifestando las mismas opiniones sobre la política, el sufragio electoral, el socialismo y la burguesía.

La correspondencia entre ellos se intensificó especialmente a partir de 1866, coincidiendo con los años en que Flaubert redactaba *La educación sentimental*. En esos momentos Flaubert se sumergió en la lectura de los autores socialistas de los años 30 y 40: Louis Blanc, Cabet, Proudhon, Lamennais, Saint Simon y los saint-simonianos, entre otros, y se documentó sobre los sucesos acaecidos durante los años contemplados en su novela. Tal vez por ello, comentaba esas lecturas a su correspondiente, dejándole una imagen de los socialistas que, aunque ella quería dulcificar -algunos, como Armand Barbés habían sido, o eran

²⁶ En una carta escrita a George Sand el 7 de octubre de 1871, ponía al economista Frédéric Bastiat, por motivos que desconocemos, como ejemplo: “imagine, por el contrario, que en cada población, hubiera un burgués, uno solo que hubiera leído a Bastiat, y que ese burgués fuera respetado, ¡las cosas cambiarían!” (Flaubert 2010:171). Lo que si es cierto, es que estaba en contra del proteccionismo, postura que reflejó de forma contundente en el personaje de Mr. Dambreuse.

²⁷ Flaubert se arruinó en los últimos años de su vida a causa de la quiebra de la empresa del marido de su sobrina, Ernest Commanville, que le hacía de administrador y banquero.

aún amigos suyos-, seguía siendo tremendamente crítica. Tal crítica no implicaba una defensa alternativa del partido del orden ni del régimen napoleónico; Flaubert, en el fondo, consideraba que la democracia moderna y la monarquía constitucional no se diferenciaban (Flaubert 2010:167).

Pensaba retratar en su novela todos los errores cometidos, ya fuesen de un bando o de otro: “Los patriotas no me perdonarán este libro; y los reaccionarios, tampoco”. Criticaba a Louis Blanc porque le horrorizaba todo lo que encontraba de cristianismo en sus doctrinas “y de esta fuente divina no pueden derivarse el odio, la guerra, el choque de todos los intereses”; en su opinión, la democracia se apoyaba sobre la moral del Evangelio. Con los años, Flaubert se volvía cada vez más individualista y sentía un gran desprecio por las masas, a pesar de lo cual intentaba respetar el elemento humano que en ellas había. A propósito del sufragio universal, escribía a Sand:

“La masa, el número, es siempre idiota. No tengo muchas convicciones. Pero esta es fuerte: No obstante, hay que respetar a la masa, por inepta que sea, porque contiene los gérmenes de una fecundidad incalculable. Déle la libertad, pero no el poder” (Flaubert 2010:170). Carta de 7 de octubre de 1871.

Como no creía en el sufragio universal y manifestaba la misma indiferencia hacia la democracia y hacia la monarquía constitucional, optó por una fórmula absolutamente extemporánea, mostrando admiración por los mandarines de la China (Winock 2013:462), a quienes consideraba déspotas benévolos; en definitiva, optaba por un gobierno de minorías selectas: “Nuestra salvación no está, ahora, más que en un aristocracia legítima, entiendo por eso una mayoría que se componga de otra cosa que de cifras” (Flaubert 2010:158).

En su *Retóricas de la intransigencia*, Albert Hirschman, sitúa a Flaubert, junto a Jacob Burckhardt,²⁸ como ejemplo de la *tesis de la perversidad* al aborrecer su consideración acerca de la participación de las masas en política:

“Era esta una de las bêtes noires de Flaubert, frecuente blanco de su apasionado odio a la estupidez humana. Con pesada ironía, el sufragio universal figura en su Dictionnaire des idées reçues, como la última palabra de la ciencia política. En sus cartas declaró que era “la vergüenza del espíritu humano” y que era igual (o peor) que otras nociones absurdas tales como el derecho divino de los reyes o la infalibilidad del papa” (Hirschman 2001:31).

Flaubert, que fue influido por las ideas de Spencer, acabó por odiar todo aquello que tuviera que ver con la política. Defendía el abstencionismo y cuando tuvo lugar el plebiscito promovido por Luis Napoleón en 1870, no acudió a votar. En cuestiones políticas distintas del sufragio, como la consideración del progreso, o la educación, más bien se situaba en la posición que

²⁸ En 1845, Burckhardt había escrito. “Sé demasiada historia para esperar nada del despotismo de las masas, salvo una futura tiranía, que significará e final de la historia”. Vid. The letters of Jacob Burckhardt; citado en (Hirschman 2001:31).

Hirschman denominaba la *tesis de la futilidad*, según la cual, y a diferencia de la *tesis de la perversidad*, “cualquier tentativa de cambio es abortiva, que de una manera o de otra, todo pretendido cambio es, fue o será en gran medida de superficie, de fachada, cosmético, y por tanto, ilusorio, pues las estructuras “profundas” de la sociedad permanecen intactas” (Hirschman 2001:55).

Es significativo, como afirma Hirschman, que tal tesis fuese acuñada en la resaca de la revolución, en enero de 1849, por el periodista Alphonse Karr ²⁹: “plus ça change plus c’est la même chose”. Otro ejemplo citado por Hirschman, que creemos resulta cercano a las ideas de Flaubert es el del barón de Lampedusa quien, en su novela *El Gatopardo*, hace decir a su personaje: “Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie”. Ahora en lugar de tratarse de una ley de cambio, se trata de una ley de inmovilidad que creemos Flaubert suscribía como consecuencia de su ausencia absoluta de confianza en el progreso.³⁰

Este gatopardo solitario, el “oso de Croisset” como él se gustaba llamar a sí mismo, aislado del mundo, se había vuelto insociable -salvo para con los suyos- y ya no creía más que en el arte y el estilo de una forma intemporal. Había visto demasiadas pasiones y demasiados intereses luchando frenéticamente entre sí en los años que le había tocado vivir. Se sentía derrotado como miembro de una generación que, según él, lo había intentado todo -hasta una revolución- y no había conseguido nada. Solo le faltaba una cosa: retratarla.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGULHON, M. (1992). *1848 ou l'apprentissage de la République*. París: Éditions du Seuil.
- ALEXANDRIAN, S. (1979). *El socialismo romántico*. Barcelona: Laia.
- BARNES, J. (1986). *El loro de Flaubert*. Barcelona: Anagrama.
- FLAUBERT, G. (1972). *L'Éducation sentimentale*. (Préface d'Albert Thibaudet). París: Gallimard.

²⁹ Alphonse Karr fue bien conocido por Louise Colet ya que le clavó un cuchillo en la espalda por difundir que el filósofo y político Victor Cousin era el padre de uno de sus hijos, lo que no era cierto. El asunto formó un gran escándalo. Flaubert, en esto más distante y más positivista, le recomendaba que se casara con el filósofo.

³⁰ En su *Diccionario de las ideas recibidas* puede leerse: “Progreso: siempre mal entendido y siempre apresurado”. En una de las primeras cartas que escribía a Louise Colet en el verano de 1846 le decía como tarjeta de presentación: “En toda política sólo hay una cosa que comprendo, y es el motín. Soy fatalista como un turco, y opino que todo cuanto podemos hacer por el progreso de la humanidad, o nada, es exactamente lo mismo” (Flaubert 2003:26).

- FLAUBERT, G. (2005). *La Educación sentimental*. (Traducción de Germán Palacios). Madrid: Cátedra, pp. 537-868.
- FLAUBERT, G. (2009). *Bouvard y Pécuchet*. Barcelona: Mondadori.
- FLAUBERT, G. (2009) "Diccionario de las ideas recibidas", en Flaubert, G. *Bouvard y Pécuchet*, Barcelona: Mondadori, pp. 501-621.
- FLAUBERT, G. (2003). *Cartas a Louise Colet*. Madrid: Siruela.
- FLAUBERT, G. y SAND, G. (2010). *Correspondencia (1866-1876)*. Barcelona: Mabat.
- GOUJON, B. (2012). *Monarchies postrévolutionnaires. 1814-1848*. París: Éditions du Seuil.
- GUINOT, J-B. (2010). *Flaubert*. París: CNRS Editions.
- HARVEY, D. (2006). *París, capital de la modernidad*. Madrid: Akal.
- HIRSCHMAN, A (1999) *Las pasiones y los intereses*. Barcelona: Península.
- HIRSCHMAN, A. (2001). *Retóricas de la intransigencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- JARDIN, A. y TUDESQ, A. J. (1973). *La France des notables. L'évolution générale, 1815-1848*. París: Éditions du Seuil.
- LOTMAN, H. (1991). *Gustave Flaubert*. Barcelona: Tusquets.
- PINKNEY, D. (1986). *Decisive Years in France 1840-1847*. New Jersey: Princeton University Press.
- SUFFEL, J. (1958). *Gustave Flaubert*. México: Fondo de Cultura Económica.
- THIBAUDET, A. (1935). *Gustave Flaubert*. París: Gallimard.
- TODD, D. (2008). *L'identité Économique de la France. Libre-Échange et Protectionnisme. 1814-1851*. París: Bernard Grasset.
- WINOCK, M. (2013). *Flaubert*. Paris: Gallimard.

